

Salas, fraile y escultor

PROXIMAMENTE tendremos en Vigo, en la sala Chroma, que tan gallarda y vocacionadamente defienden sus gestores en La Florida, la obra de Alfonso Salas, fraile dominico y escultor, apenas conocido entre nosotros, pero con ya extensa carrera y justa fama por las altas Castillas de su nacimiento y residencia. No es el primer caso de religioso entregado a la creación artística. Bastaría citar al inmenso Fra Angélico en Italia, a Sánchez Cotán en la España del siglo XVII o más recientemente al franciscano Antonio Oteiza, hermano del genial escultor del mismo apellido, para saber que el ambiente del cenobio no es contrario a la entrega a pinceles o cinceles.

Salas, cordial, extravertido, comunicador infatigable, cursó Teología en Salamanca y plástica en San Fernando, en Madrid. Se dedicó a dominar la forma, en una escultura escueta, de oquedades y aristadas curvas pronunciadas, acaso porque gusta, entre otros muchos, de Henry Moore y de José Planes, sin olvidar a Saumells y a Venancio Blanco. www.lavozdegalicia.es

02 de febrero del 2006 - PROXIMAMENTE tendremos en Vigo, en la sala Chroma, que tan gallarda y vocacionadamente defienden sus gestores en La Florida, la obra de Alfonso Salas, fraile dominico y escultor, apenas conocido entre nosotros, pero con ya extensa carrera y justa fama por las altas Castillas de su nacimiento y residencia.

No es el primer caso de religioso entregado a la creación artística. Bastaría citar al inmenso Fra Angélico en Italia, a Sánchez Cotán en la España del siglo XVII o más recientemente al franciscano Antonio Oteiza, hermano del genial escultor del mismo apellido, para saber que el ambiente del cenobio no es contrario a la entrega a pinceles o cinceles.

Salas, cordial, extravertido, comunicador infatigable, cursó Teología en Salamanca y plástica en San Fernando, en Madrid. Se dedicó a dominar la forma, en una escultura escueta, de oquedades y aristadas curvas pronunciadas, acaso porque gusta, entre otros muchos, de Henry Moore y de José Planes, sin olvidar a Saumells y a Venancio Blanco.

Monumentos repartidos por la geografía castellano-leonesa, temas religiosos sentidos con sencillez, con economía de medios, escuetamente y, por supuesto, alejado de almibaramientos, tan frecuentes en la expresión plástica de ese género y al fin, degeneradora de la verdadera creación artística.

No abundan los escultores, como para no fijarnos en éste, del que se han preocupado, y con elogio, plumas tan notables como la del poeta y crítico de arte José Hierro.

Mas, curiosamente, al obra de Salas nada tiene que ver con la tradición de la imaginería policromada española de siglos pasados, en la que es maestro máximo, con Berruguete y Juni, nuestro paisano Gregorio Fernández, natural de la luguesa Sarria, aunque desarrollara toda su tarea en la Valladolid del siglo XVI-XVII.

Estamos más acostumbrados a religiosos escritores que a frailes entregados a la plástica. Bastaría citar a Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, los fray Luis -de León y de Granada- iniciando una relación que podría hacerse interminable. De ahí que nos interese la obra de este seguidor de Domingo el de Caleruega, fundador de la orden de predicadores, que a Compostela vino a fundar su primer cenobio gallego y probablemente tuvo ocasión de charlar con el maestro Mateo, mientras el genial artista labraba el Pórtico de la Gloria.

Formas escuetas, materias perdurables, imaginación desbordante para la abstracción de los volúmenes. Criaturas pétreas para la reflexión, la admiración y también , ¿por qué no?, para la oración. Cuando menos, para el verso evocador. Alfonso Salas entiende que también entre barros y cinceles anda el Señor, visto con mentalidad actual.

NOTICIA EXTRAIDA DE : www.lavozdegalicia.es

